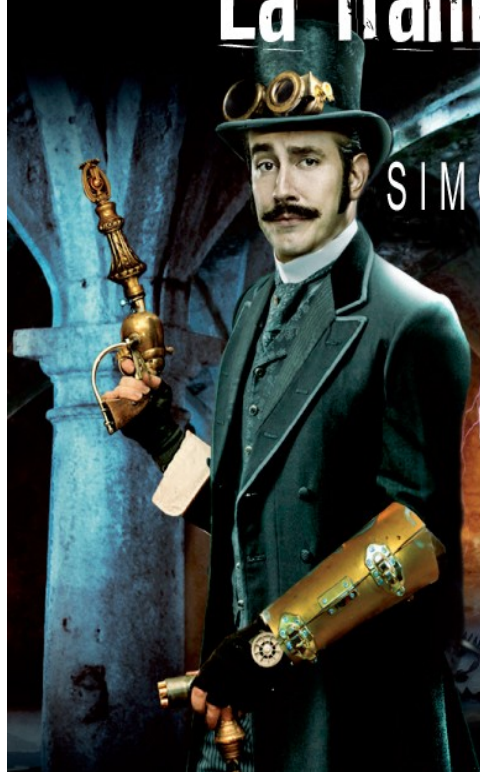


BBC
BOOKS

DOCTOR • WHO

La Trampa del Doctor

SIMON MESSINGHAM



Traductores

- Disorder
- Weber
- Inukissa
- Luna

Organizado por scnyc en <http://www.doctorwhofoforo.com.ar/>

Traducción de expresiones complicadas gracias a Nadia y **msgamgeek** y **nerea266**.

Portada en español realizada por John Smith

Foros

<http://www.doctorwhofoforo.com.ar/>

<http://doctorwhospain.foroactivo.com/>

Páginas webs

<http://www.destornilladorsonico.com/>

<http://twelvemonkeyswere.tumblr.com/>

<http://audiowho.gonebe.com/>

<http://www.planetgallifrey.es/>

Esta novela y más como Naturaleza Humana y Niña de Otro Mundo y cómics de Doctor Who en español se pueden encontrar en <http://audiowho.gonebe.com/>.

Respetamos todos los Copyrights y pertenece a BBC Books, a Terrance Dicks y muchos más esperamos que se llegue a publicar estas novelas algún día en España. Prohibido poner a la venta

UNO

Se dirá: Planeta 1 es real.

Planeta 1 es real como cualquier otro planeta es real, un mundo real que orbita con un sol real en un verdadero y autentico sistema solar.

Planeta 1. El planeta donde la tecnología es extremadamente avanzada así que su dirigente es, en todos los sentidos materiales, todopoderoso. El planeta en el que las moléculas del aire pueden ser esculpidas en lo que usted desea. ¡Oh!, es real, está bien. Se le dijo.

Sin embargo, si preguntan dónde, en caso de que demande las coordenadas específicas, se le dirá que Planeta 1 esta en, bueno, que está en los desechos espaciales... más allá del Borde Exterior... en la parte de atrás de más allá ... Oh, mira, es justo ... por ahí! Y eso es todo lo que usted conseguirá.

De hecho, es tan difícil de encontrar que muchas civilizaciones han dado una vuelta completa buscándolo y ahora consideran a todo el planeta un mito. La vida en la galaxia es dura y esos mitos se generan con facilidad. Planeta 1 es simplemente demasiado bueno para ser verdad. La gente quiere que sea verdad, por lo que creo que es cierto, por desgracia no significa que sea realmente cierto. Por lo tanto, se le dijo: Planeta 1 no es real. Sebastiene no lo haría de otra manera.

Sebastiene es un coleccionista. También es un encanto, un ladrón, su mejor amigo, un Pícaro de nivel 20, la criatura más bella que jamás hayas visto, un jugador, un hombre que arriesgaría tu vida y un asesino.

Durante siglos, un tiempo anormalmente largo si te paras a pensar en eso para alguien que parece tan joven, Sebastiene ha gobernado Planeta 1. Él tiene todo lo que una criatura sensible, posiblemente podría desear, pero quiere más. No es oro o las monedas de ningún tesoro. Él no necesita dinero. ¿Por qué Sebastiene querría dinero?

Ahora, ningún planeta rumorea con la tecnología acumulada más potente de la historia fuera a ser atractivo para un determinado tipo de individuo. El tipo de persona que prefiere Sebastiene dejar pasar, encontrar el camino. Y ahora vemos lo que anhela Sebastiene en lugar de dinero. Él quiere que tú vengas a buscarlo y lo encuentres. Si tú deseas lo que es suyo, si tú puede encontrar el lugar, Planeta 1 está ahí. Todo lo que tienes que hacer es tomarlo de él.

Si los rumores son creídos, hay quienes han encontrado Planeta 1. Desafortunadamente, los rumores son lo único que consiguen, pues a pesar de los cientos que han hecho esta afirmación y se dirigieron hacia el espacio, ninguno ha regresado jamás. Tal vez ellos perecieron en los desechos del espacio profundo, tal vez no lo hicieron. Y nunca se sabe, tal vez se encontraron con Sebastiene.

Por otra parte, sólo de vez en cuando, algunos son invitados.

- La buenas noticia... Tierra, dijo el Doctor. Donna hizo una mueca cuando la bocina se puso en marcha otra vez. La Tardis resonaba fuertemente. Un sonido de sirena que le taladraba los tímpanos garantizado para volver al oyente clínicamente demente después de diez segundos. Ella se apoderó de la consola para detener el sonido. - ¿Y?, gruñó ella.

El Doctor sonrió con una gran sonrisa. - ¡Eso es una señal de socorro! Venimos para ayudar otra vez. Él se quitó su abrigo de lana. -Muy bien. Es extraño. No deberían ser capaces de enviar una señal de socorro de esa manera. No en este marco de tiempo. No este tipo de señal de socorro.

-¿Qué tipo de señal de socorro?

- Una señal fuertemente molesta. Consultó una lectura en la consola de la Tardis, silbando como si no hubiera escuchado nada.

Donna asintió con la cabeza. – ¡Desconéctalo!

El Doctor frunció el ceño. - ¿Qué dijiste?

– ¡Desconéctalo!

-¿Eh?

Donna enseñó los dientes. – He dicho, descon...

-Espera. Voy a apagarlo. Él apretó fuertemente un botón y el ruido cesó.
- ¿Qué dijiste?

La sala de controles se quedó en silencio repentinamente sorprendiendo a Donna. Ella gritó de todos modos. - ¡Doctor! ¡Te voy a matar!

- ¿Qué?, ¿Qué he hecho? Se quedó sin saber que hacer con su abultado abrigo, una imagen de inocencia magullada.

Donna golpeó los controles de la puerta y salió. El Doctor permaneció a la escucha. Hubo una pausa expectante. El Doctor trató de esconder su sonrisa cuando escuchó el grito de Donna.

- Oh sí, gritó. - La mala noticia, es la Antártida.

- ¡Nieve!, Dijo Donna. –Me hiciste lo mismo en el planeta Ood. Otra vez en la nieve. ¿Qué es lo que tienes en contra del clima tropical? Mi nariz se esta poniendo roja.

El Doctor saltó por encima de la nieve. - Donna, tu nariz se pone roja rápidamente. Ponerse de color rojo es el primer y más grande talento de tu nariz.

- Algunas personas se cansarían de ser tan groseras. Ellos pierden fuerza, se aburren, pero tú no eres como ellos, eres peor.

Parecía fascinado por la nieve. - Dicen que los esquimales tienen cincuenta palabras para describirla.

- ¿Qué es eso?, preguntó Donna. - ¿Es una nave espacial enterrada?, ¿no?

- Ellos encontraron algo, dijo el Doctor. - Bajo el hielo.

Emocionado, se puso una mano sobre su boca y señaló con la otra. Emocionado pateó la nieve en polvo de su alrededor. - Mira. Maquinas quita nieves. Vehículos oruga. ¡Oh, genial! me encantan las maquinas quita nieves.

- Te encanta todo. Así que es una misión de desenterrar un platillo volador estrellado.

- ¡Me encantan las misiones para desenterrar un platillo volador estrellado!

-Pensé que podría.

El Doctor saltaba arriba y abajo. - Vamos a participar.

La Tardis esperaba, como otras tantas veces había esperado antes. Se tarareaba a sí misma, sintiendo como el frío de la nieve antártica caía y se acumulaba en su carcasa. La Tardis era muy buena esperando.

Esta vez, sin embargo, no se esperó el tiempo que podría haber esperado. A unos diez metros de la puerta principal, cayó un disparo haciendo saltar la nieve en todas direcciones, dejando un agujero con forma humana en el aire. Una figura llenó ese hueco, y era una figura que la TARDIS tenía reconocida, un hermoso rostro anguloso, ojos oscuros y amigables, pelo liso.

El hombre se estremeció con su traje raído. Bailó arriba y hacia abajo para bombear calor en sus zapatillas de deporte.

El vio al Doctor y Donna caminando en dirección de la expedición condenada. Sonriendo, pensaba en lo que les esperaba allí. Algo asustado, todo sea dicho.

A continuación, levantó una llave de metal grande y la besó. Como siempre estaba muy emocionado. – ¡La Tardis! ¡No lo puedo creer! Alzó el puño y luego se tapó la boca con la mano para ahogar sus risitas. Echó una

mirada salvaje hacia el Doctor y Donna para comprobar que no estaban mirando hacia atrás.

Sostuvo la llave. –El momento de la verdad, se dijo.

El hombre se acercó a la Tardis, abrió la puerta y entró.

La puerta se cerró

A pesar del aullido del viento polar, la voz seguía siendo casi audible desde el exterior. Era la voz del hombre más feliz del planeta.

- Oh. Dios mío. En realidad estoy de pie en la sala de controles. ¡Sí!

Sesenta segundos después, la Tardis desapareció.

DOS

Sebastiene hacía tiempo que se resignó al hecho de que, con toda modestia, él era el hombre más increíblemente hermoso del universo. Su rostro se hizo presente de superlativos: el más azul de los ojos, la mejor melena de cabellos dorados y los más blancos dientes afilados. Tenía una nariz aguileña céntrica y labios gruesos. Su cuerpo fue moldeado a la perfección con la práctica de la espada y le había añadido una cicatriz pequeña de un duelo en la mejilla derecha, pero eso era sólo para presumir. Echó un vistazo en el espejo una vez más para asegurarse y para preparar la expresión correcta de como saludar a sus invitados.

- Maldita sea, hoy no me veo nada bien, anunció reflexionando. Chasqueó los dedos. Las puertas de su habitación se abrieron y se precipitó el séquito vestidor de Sebastiene, seis robots con pelucas y empolvados diseñados para abastecer a su maestro con varios artículos específicos de ropa. Su robot mayordomo personal lo seguía de cerca.

El mayordomo era un tipo grande. Con tres metros de altura, era realmente un gran tipo. Sebastiene diseñó a todos sus altos funcionarios grandes. Una metáfora irónica sobre la vida y el poder o algo así, estaba seguro.

Sebastiene actualmente tenía una afición por el diseño de las nobles casas europeas del siglo XVIII de la Tierra. Le gustaban los uniformes elegantes con sus estrechas y decoradas blusas militares, colgarse espadas y espuelas. Le gustaban los bigotes negros y largos, por lo tanto se los hizo crecer a todos sus siervos. Él incluso había remodelado su casa, para parecerse a un romántico castillo de Ruritania, en un tamaño y escala que nunca podrían haber existido en la Tierra, pero en su lógica mayor es definitivamente y siempre, mejor.

Sebastiene examinó el uniforme de hoy. Túnica escarlata, ajustados pantalones color cereza, relucientes botas de caña alta, espada de oro con incrustaciones en la correa. - Lo mejor, le dijo a su mayordomo. - Lo más apropiado para un día tan especial como el de hoy. Mis felicitaciones para el sastre

- Gracias señor, fue la respuesta.

- Ahora, deja que mire a mi reino. Sebastiene saltó por encima de la enorme cama con dosel y se abalanzó contra la ventana.

Abajo, en el inmenso patio empedrado, sus siervos, sus robots con libreas de seda separados por colores, preparaban los coches tirados por caballos para los cazadores. Él estaba listo.

Una molécula de la pantalla de aire brillaba. Una imagen formada en el aire. Su supervisor robot, hablando desde la sala de control en la profundidad del corazón del castillo. El Supervisor hizo una reverencia.

Este robot es otro tipo grande, como el mayordomo, pero vestido con algo más de sobriedad. A Sebastiene le gustaba ver a su personal de mando con el funcional azul napoleónico, botones de oro gruesos y enormes sombreros de tres picos. Daba al lugar un toque militar eficiente.

-Habla, Supervisor, dijo Sebastiene

Mi maestro. Las naves están descendiendo desde la órbita y solicitando permiso para aterrizar. Salvo el Comisario Weimark, que está exigiendo el permiso.

- Abre los campos de fuerza, dijo Sebastiene. -Deja a los cazadores descender.

Hubo un silbido de moléculas y cerró la pantalla de aire.

El castillo, que alberga a Sebastiene en Planeta 1, esta convenientemente en la parte superior. La arquitectura puede tener su origen en la Europa del siglo XVIII, pero a una magnitud que ha ido más allá de la de los más ricos de sus reyes.

El Palacio de Sebastiene se extendía de horizonte a horizonte, demasiado abrumador para la mente humana. El cincelado intrincado de las murallas de piedra, los ricos colores de las vidrieras, las tallas en madera que cuelgan de los aleros, podría haber sido agradable por su propia cuenta pero tan amontonados que terminaban mareando. No es que a Sebastiene le importara. Nunca es demasiado excesivo.

Sin embargo, el factor sorpresa era la vista desde el aire. Una gigantesca cara de Sebastiene justo en frente tuyo y tu lanzadera aterriza directamente en la boca. El castillo había sido construido a la imagen de su amo. Al igual que Sebastiene mismo, el castillo era grande, hermoso y completamente loco. Imponente fue la idea. Era grande el temor, algo que hasta ahora nunca había desilusionado a Sebastiene

Las doce naves aterrizaron en un claro de los jardines del castillo. Sus ocupantes fueron trasladados en vistosos carruajes tirados por caballos, más allá de la puerta de piedra y hacia el patio de Sebastiene. Los carros contenían, sin el conocimiento de los que estaban dentro, sofisticados dispositivos de sensores que en secreto y analizaban en profundidad la química del cuerpo, el ADN y las auras electro-cinéticas.

Sebastiene había organizado para la mañana que era brumosa, hacer estallar los jardines del castillo. Los bosques de abeto atravesaban las nubes en las montañas lejanas.

Los caballos se detuvieron en los escalones de mármol que conducían a unas enormes puertas de roble enjovadas con clavos. Los cazadores salieron con cautela, midiendo el Palacio. Sebastiene percibía su tensión, casi la olía. Como ellos, se nutría de las sensaciones aumentadas, el vello erizado en la parte posterior del cuello. Vivía para ello.

Tiempo para saludar a sus invitados. Él no tenía necesidad de revisar la lista, los conocía a todos bastante bien. Preguntándose si alguno sería tan estúpido como para tratar de matarlo, Sebastiene se dirigió magníficamente a la sala de estado.

Para construir la mesa de conferencias exacta que quería, Sebastiene había plantado y luego destruido un bosque de caoba. El grano de la madera tenía que ser perfecto, una demanda que por promedio había gastado cuarenta troncos de árbol por cada centímetro de la tabla. El proceso dio como resultado un daño medioambiental tremendo. No importaba, el efecto era magnífico. La tabla brillaba a la luz del sol, que Sebastiene se las había arreglado para hacerla brillar a través de las ventanas de piedras preciosas en un ángulo de cuarenta grados.

Los cazadores se sentaron alrededor de la mesa, todos doce sintiéndose torpes e incómodos, ya de mal humor, el cual Sebastiene bebió cuando entró.

- ¡Amigos míos!- Gritó, agitando su pañuelo de seda.- ¡Bienvenidos al Planeta 1!

Estudió sus caras. El asombro fue satisfactorio.

-Sí- continuó.- Soy Sebastiene.- Hizo una reverencia.

Un extremo de la vasta sala brillaba y las moléculas de aire se solidificaron para definir una pantalla y una imagen: tomó su asiento. Cruzando las elegantes piernas, Sebastiene chasqueó los dedos y desapareció de la pantalla.

- La Sociedad de Especies Peligrosas Amenazadas.- dijo.- Todos reunidos en mi pequeño planeta. Estimados miembros, me siento honrado.

Un murmullo de argumentos surgió de la compañía reunida. Sebastiene levantó la mano para hacerlos callar.

- No, no, mis amigos. No hay necesidad de fingir, no aquí. Sus identidades son un secreto, ustedes tienen mi palabra. No me pregunten cómo conseguí su lista de miembros. Sólo lo hice.

Los cazadores olieron, en espera de la captura, la trampa. Pero todos sabían que era mejor que intentar cualquier cosa ahora.

- La Sociedad de Especies Peligrosas Amenazadas. Es lo que dice en la lata. Salvo que el estaño no dice que somos los que hacemos el peligro de extinción

Ellos se conectaron. Por supuesto que estaban o que nunca habían venido. Los cazadores eran un grupo diverso: seres humanos, ab-seres humanos, seres inhumanos y un insecto gigante.

- La afiliación es simple: deben proporcionar un trofeo. La evidencia de una matanza. Una cabeza, unos cuernos o un galés, no importa. Las especies deben estar en peligro de extinción y ser peligrosas para la vida humana. No es políticamente correcto, pero es muy divertid. Yo creo que la Sociedad de Especies Peligrosas Amenazadas es la responsable de la eliminación de más de 300 razas raras, así como si estuviera en la lista de buscados de todas las fuerzas de seguridad en la galaxia civilizada.- Sebastiene se echó a reír.- ¡Estoy tan emocionado! ¿Y ustedes?

Por fin, uno de los cazadores superó el temor y se levantó. Tenía una cara gris, exangüe, con encapuchados ojos de color violeta. El hombre era increíblemente delgado, con más de dos metros de altura y vestido con un largo abrigo de cuero.

- Sebastiene.- dijo en la voz emocionada.- ¿Qué es la Sociedad de la que habla? No tengo tiempo para disfrutar de la fantasía. Su frivolidad es...- buscó la palabra.-irresponsable.

- Comisario Weimark.- Sebastiene miró la cara gris.- El Limpiador de Beriagrad. Si la memoria no me falla, su billete al club era la cornamenta de un Irradiar Grinderstag. Una especie extinta, gracias a ustedes.

Si el Comisario se sorprendió, se las arregló para no demostrarlo. Era demasiado bueno para eso.

-No voy a tomar parte en este juego infantil.

- Oh, es un juego, comisario.- dijo Sebastiene.- pero no hay nada de infantil en él. No cometa el mismo error.- Se quedó mirando sin pestañear a Weimark.- Ahora, siéntese.

Un escalofrío parecía correr a través de la habitación. Weimark se sentó. Una sola gota de sudor corría por la cara floja. Se dio la vuelta.

- ¡Basta!- Gritó Brutus, el aumentado Simian. Golpeó la mesa con una fuerza impresionante, astilló la madera perfecta.- Si tal sociedad existiera, que no es así, ¿por qué está interesado? Como usted sabe mucho acerca de nosotros, sabrá que sólo puede haber doce miembros.- Miró en torno a sus colegas y mostró los dientes amarillos en una sonrisa gorila.- Los únicos doce

miembros siempre ha habido. ¿Qué animal nos queda para cazar? ¡Los hemos tomado todos!- Se rió y se tiró de nuevo en su asiento.

Sebastiene sonrió con su sonrisa, la que solía encantar a los emperadores galácticos y a las viudas ricas por igual. Interiormente, se maravilló de la estupidez del Simian. No todos los días se encontraba con una estupidez como esa. Muy cercana.

Sebastiene puso los pies sobre la enjoyada mesa.

- Tengo un trofeo para usted. El trofeo final. Usted no va a ser mejor que él. Creo que lo encontrará que vale la pena.

Agitó una mano y en una pantalla molecular brilló intensamente un retrato en 3-D de un sonriente y joven humanoide macho.

Un tercer cazador, o mejor dicho, cazadora, con capucha y anónima tras sus velos carpalianos, levantó un largo y clavado dedo y señaló el retrato flotante.

- Yo conozco esa cara. ¿Quién?

- Él, amigos míos, es mi trofeo. Es la forma de vida más peligrosa en el universo. El último Señor del Tiempo. Todos ustedes lo conocen, de una forma u otra, como el Doctor.

Sebastiene miró alrededor de la mesa a la Sociedad de Especies Peligrosas Amenazadas:

- Creo que vamos a tener un safari infernal.

TRES

Seis hombres fueron metiendo equipo en sus estrechos máquinas pisanieve. Un hombre filmaba a los demás con una cámara de vídeo. Las banderas triangulares soplaban horizontales en los malos vientos antárticos. El camarógrafo bajó la cámara y dejó caer la capucha de parka peluda para mirar con incredulidad a los extraños que se acercaban. Su barba estaba llena de escarcha.

- ¿Quién diablos son ustedes?- La voz del hombre flotaba en el cruel viento helado cuando les llegó a Donna y al Doctor.- ¿Cómo han llegado hasta aquí?

Donna tiró del cuello del abrigo levantado alrededor de su rostro helado.

El Doctor le lanzó una cartera de color negro.

- Somos el equipo de rescate. Sabe,... por la señal de socorro.- El hombre asintió con la cabeza. Donna se dio cuenta de que no había oído una palabra, pero el papel psíquico había cumplido con su truco habitual. Ahora los otros hombres se detuvieron a mirar a los recién llegados.

- Soy Dan Petroullis.- dijo el camarógrafo.- Geólogo del Ventisquero. Detectamos el campo sub-estrato de energía que nos alertó sobre el hallazgo.

- Bien por ti, Dan.-

Donna se encogió de hombros.

- ¡Acaba de perder al coronel Barclay! Ya ha vuelto a Ventisquero!- Dan Petroullis apuntó con una mano espesamente enguantada hacia alguna parte del horizonte.- Quería ir para tener la muestra tan pronto como pudiera.

-¿Ventisquero?- preguntó Donna.

- La Estación Antártica de Seguimiento del Espacio. Debe ser 1986, ¿o es el año 2000? ¿Muestra? ¿Qué quieres decir, la muestra?- El Doctor miró a Donna. Sus ojos estaban muy abiertos.- ¡Dios mío!- dijo.

- ¿Qué?- Ella le devolvió la mirada.

Petroullis empujó el hombro del Doctor:

- Ya sabe, el animal en el bloque de hielo. Lo excavamos hace doce horas. Está bien.- dijo.- Tan pronto como lo consigan en el laboratorio, que van a iniciar la fusión térmica.

- Bien-dijo el Doctor.

- Algunos encuentran, ¿eh?- Petroullis sonreía entre la barba helada. - El descubrimiento científico del siglo. Pronto conseguiremos lo que hay allí descongelado.- Dio al Doctor un pulgar hacia arriba y lo mantuvo con una sonrisa. No puedo esperar a ver lo que parece.

- Creo que es mejor que llegar a su base tan pronto como sea humanamente posible.-dijo el doctor.

La cara de pícaro del Doctor miró hacia abajo desde la pantalla flotante. Hizo una mueca burlona, como si los cazadores se atrevieran con ellos.

Las voces eran un murmullo ruidoso, pero todos dijeron lo mismo.

- ¿Ha dicho el Doctor?

- Mira, no es real...

- Hazme un favor...

- Oh, vamos.- les interrumpió Sebastiene.- Sin duda, alguien quiere una ventana. Les ofrezco el mejor trofeo del universo y balbucean como niños asustados.

Ahora se hizo el silencio. Los cazadores le miraron. Sí, Sebastiene se dio cuenta de porque tenían miedo.

Al final, uno encontró el valor para hablar. Inevitablemente, fue comisario Weimark. – Sebastiene.- dijo.- Esto es una locura. El Doctor es un mito...

- Permítanme asegurarles, el Doctor es muy real. Oh, él se quedó callado por un tiempo, la llama de su recuerdo avivado sólo por cultos oscuros, pero ahora resuena el universo una vez más con sus obras. Todos los niños de la galaxia han oído hablar del Doctor.

Sebastiene se puso de pie. Caminó alrededor de la mesa perfecta. Esta era la venta:

- En caso de tener éxito, usted tendrá éxito donde cientos, miles de personas han fracasado. La Sociedad de Especies Peligrosas Amenazadas vivirá para la eternidad.

-¿Y si no?- raspó una voz metálica. La Semblanza de Draxyx, hablando desde su caparazón blindado.

- Si no puedes entonces yo te cazaré a ti.- respondió Sebastiene.- Vamos, son doce. Seguramente a alguien le puede empaquetarlo. ¿Juego limpio?

Parpadeó, y el aire de la pantalla cambió de imagen a un mapa digital: las zonas divididas por líneas azules efervescentes:

- Las zonas de caza, uno para cada uno de ustedes, la medida de sus ambientes individuales seleccionados. Sólo tienen que esperar. El doctor caerá al azar en una de sus zonas. A partir de entonces les toca a ustedes. En caso de que un cazador se pierda y sobreviva, Planeta 1 transmaterializará al Doctor a otra zona al azar y empezará de nuevo. Si el Doctor muere, se devolverá a los cazadores que queden a los planetas natales, con una compensación considerable para su tiempo y esfuerzo, por supuesto.

Brutus dejó escapar un aullido de rabia de tal manera que toda la sala se silenció. Incluso Sebastiene se sorprendió. El Simian lanzó su silla y se golpeó el pecho.

- ¡Basta! No voy a tomar parte de esta locura. El Doctor no puede ser vencido por la mano mortal. Esto está escrito en nuestro libro más sagrado. Voy a salir ahora...- Señaló con un enguantado puño gigante a Sebastiene.- No trates de detenerme, o voy a hacerte polvo.

- No se me ocurriría.- dijo Sebastiene.

Brutus pisoteó la parte de atrás de la sala de conferencias. Las puertas dobles con marco dorado se abrieron mientras se acercaba. Decidido a tener la última palabra, el Simian se dio la vuelta y se burló de sus compañeros de caza.

- ¿El Doctor? Os va a matar a todos.

Sebastiene señaló. Una lanza de luz brillant salió de su mano y con un chasquido fuerte incineró a Brutus. La suave luz del sol atraparon las cenizas a la deriva en el suelo.

- Impresionante.- dijo la Bruja Carpaliana.- Pero has dicho que no se soñaríamos con detenerlo a él.

- Vaya.- Sebastiene miró fríamente su mano.- ¿Cualquier otra explosión para ir?

No había nadie.

Ellos llegaron a la Base Snowcap tres horas después. Un bajo sol rojo estaba en el cielo, amenazando caer bajo el horizonte. A instancias del Doctor, El Snow-Cat aceleró loca y peligrosamente sobre la nieve. La cabeza de Donna estaba dolorida por la vibración y los golpes del terreno del vehículo oruga. Los cuatro científicos del interior estaban abrigados con sus parcas, e irritados por que su único hallazgo científico había sido secuestrado por un loco.

- ¿En qué estaban pensando? – Se quejó el Doctor. – No pueden descongelar a alienígenas.

- ¿Por qué no? – preguntó uno de los científicos. – Han estado congelados durante veinte mil años.

- Eso aún lo pone peor.

- De todos modos, ¿Cómo sabe que es un alienígena? – preguntó otro.

- ¿Qué va a hacer? – preguntó un tercero.

El Snow-Cat dio una sacudida y todos cayeron hacia delante.

- ¿Qué es ese ruido? – preguntó el conductor.

La Base Snowcap no le pareció gran cosa a Donna. Sólo unas chimeneas y un par de cobertizos sobresalían del terreno nevado, aunque el Doctor insistió que el interior estaría mejor.

Había hombres gritando. Dona pudo oír el sonido mientras salía del Snow-Cat. Los disparos y el pánico se filtraban por las chimeneas.

Vio una cuerda y una pasarela de madera que pasaba a través de las chimeneas hasta lo que parecía una escotilla de un submarino. El Doctor y el

equipo arrastraban sus pies sobre las maderas de la pasarela, mientras la ventisca azotaba a su alrededor.

- ¡Escuadrón de Seguridad acuda al Laboratorio inmediatamente! – Una voz electrónica aterrorizada se elevó por el aire. – ¡Inmediatamente! ¡El espécimen se ha desatado! Repito: ¡Se ha desatado!

Y entonces Donna oyó un rugido, un sonido tan horrible y extraño que no necesitó que el Antártico para helar su sangre.

El Doctor miró a Donna. Ella vio la emoción en sus ojos. Saltó para abrir la escotilla, pero ella le agarró del brazo. – No. – replicó ella. – No lo hagas. – Buscó a su alrededor ayuda pero Petroulis y sus amigos estaban aturridos de pie en la nieve.

El Doctor se liberó de su mano. – Tengo que hacerlo. No puedes dejar una expedición llena de gente a su suerte y que arreglen las cosas por su cuenta.

Por fin, un astuto humano alzó su mano. – Digo. – habló con un tono nasal inglés. Sus dientes de conejo asomaban por debajo de un sudoroso bigote.

- Puede hablar, Lord Percy. – dijo Sebastiene. – y en el caso de que piense que me puede engañar con sus vacilaciones inglesas, creo que debo recordar a todos que usted es el hombre responsable de capturar al último de los Raptos Estelares. Así que no se tome la molestia de hacerlo. Engañarme. Por favor, prosiga.

Frustrado por la sincera descripción de su carácter, Lord Percy farfulló. -- ¿Cómo se supone que vamos a encontrar al Doctor? Quiero decir, ¿Cómo se supone que debemos rastrear a un sinvergüenza que puede viajar donde quiera en el tiempo y en el espacio? Si asume que él es real, ya ve lo que quiero decir.

- No tiene que encontrarlo, yo ya lo he encontrado para ustedes. Todo lo que tiene que hacer es cazarlo. – se burló Welmark.

- ¿Cómo va a traerlo aquí? Si incluso la poderosa Sebastiene no pudo.

- Él estará aquí, Comisario. El Doctor tiene una debilidad. Él, no como usted, se preocupa por la gente. Y por favor, no me hable de lo que puedo y no puedo hacer.

- Una prueba estaría bien, — dijo la Bruja Carpallian. – No es necesario, pero sería agradable.

- Está bien. – Sebastiene reprimió un bostezo. – Si insiste.

Chasqueó sus dedos enguantados.

Un ruido horrible sonó por la sala de conferencias. Un ruido como un organillo con enfisema. Para algunos cazadores que lo conocían, el terror se impuso en sus rostros.

Un objeto apareció en la habitación: una maltrecha caja azul con una luz en su techo. Antes de que los cazadores pudieran reaccionar, una puerta de la caja se abrió y un hombre salió.

- ¡Ta- chan! – El Doctor hizo un guiño. -- ¿Todo bien?

El Doctor y Donna corrieron a través de los túneles congelados. Las luces de emergencia de Snowcap brillaban de forma intermitente y había un fuerte olor a humo. Unos disparos se oyeron en algún lugar del laberinto. Más disparos, un rugido alienígena y entonces los disparos cesaron.

- Algo va mal, Donna—dijo el Doctor.

- No bromeas – ella estaba sin aliento.

En el interior, Snowcap estaba tan caliente que el infierno.

- Esa cosa está matando a todos.

El Doctor hizo una pausa en su carrera. – ¡La señal de socorro!

- ¡Olvida eso! ¡Están muriendo allí abajo!

El rugido se oyó de nuevo y Donna intentó no caer de rodillas por el miedo.

- ¡Tenemos que ayudarlos!

Una explosión resonó por delante de ellos. El Doctor olfateó – suena como si hubiera explotado el laboratorio.

- ¿Cómo sabes eso?

- Por el olor.

Una figura corrió hacia ellos desde la oscuridad. Un hombre, un hombre muy asustado con un uniforme verde lleno de barro y sangre. Ni siquiera vio al Doctor y a Donna hasta que le agarraron los brazos. – ¡Las balas no pararán! – Luchó, con los ojos llenos de pánico y fuera de órbita. -- ¡Vamos a morir todos!

- ¡Compañero! – gritó Donna. -- ¿Dónde están los demás?

El hombre aun no la veía. Parecía responder a una pregunta totalmente diferente. – Está fuera. Creciendo... dijeron los científicos... creciendo. Los ha succionado...

- ¿Dónde está el Coronel? – preguntó el Doctor. El hombre se estremeció por lo que el Doctor lo sacudió. -- ¡Vamos soldado!

- ¿Dónde está tu oficial al mando?

El soldado sacudió la cabeza. – Cuando sonó la alarma, el Coronel tomó un pelotón y fue a los laboratorios. Nunca salieron. Creo que crece cada vez que toma a alguien. Tenemos que irnos. ¡Tenemos que salir ahora!

Y con estas palabras se liberó. Y corrió hacia la escotilla, y esa fue la última vez que Donna lo vio.

Algo grande, fuerte y hambriento se tambaleó por el corredor.

- Ok, corramos. – dijo el Doctor y Donna lo hizo.

Dos horas más tarde, el Doctor había desaparecido. Había entrado en el laboratorio y Donna no lo había vuelto a ver.

Donna estaba corriendo junto con el resto de supervivientes. Mientras corría, dirigió una mirada ocasional a la criatura que habían liberado. Una pesadilla con tentáculos que envolvía a los hombres y les succionaba la vida antes de comérselos.

Las balas no le hacían ni una marca, sólo chocaban contra su carnosa piel verde. Del Doctor, ella no pudo encontrar nada. Si se suponía que él debía estar observando la situación, no estaba haciendo un trabajo muy bueno.

Las luces fueron destruidas. Así que eran la comida. En las ruinas de una vieja sala de control, con el último de los supervivientes sellando las puertas como su última esperanza, Donna sintió que la temperatura descendía con un objetivo. El monstruo había destruido el generador de emergencia. Ahora, si eso no los mataba, el tiempo del Antártico lo haría.

Ella oyó un grito. – ¡Donna!

- ¿El Doctor? ¿Dónde?

La criatura chocó contra la barricada. Los hombres pálidos se mantuvieron firmes, gritando, ya que absorbían sus golpes. La puerta de metal se abombaba como el jabón.

- ¿Doctor? Donna miró alrededor de la sala en ruinas, atrapada sin salida.

-- ¿Dónde estás cuando te necesito?

- ¡Aquí abajo!

Ella miró y lo vio como sacaba sus dedos a través de un panel. Estaba debajo de una rejilla de metal en un conducto de aire, en el suelo roto.

- ¡Doctor!

El Doctor sonrió. – Ese soy yo.

Ella suspiró con alivio. Por supuesto, él tenía un plan. Siempre lo tenía. Se agachó y tiró de la rejilla.

Tras ella, la puerta crujió y se abrió un poco. Un tentáculo se escurrió por el hueco. Los gritos y los disparos empezaron de nuevo.

- Salgamos de aquí, – dijo el Doctor, mirando la batalla. – Entra.

Aliviada, Donna se paró. – Espera un minuto, – dijo.

El Doctor que ya había avanzado a lo largo del conducto. – No tenemos un minuto, – dijo con voz apagada.

- ¿Qué pasa con la gente de Snowcap? Esa cosa se los comerá a todos.

Él meneó la cabeza y se encogió de hombros. – Si, lo sé. Hicimos todo lo que pudimos.

- Eso no puede estar bien. – Ella miró al Doctor. – ¡Esto no es Pompeya! ¡No podemos dejarlos simplemente! Aquí no hay “historia en la que interferir”.

Él pareció considerar sus palabras, -- Tienes razón. Espera. Tengo esta máquina que tiene las medidas del monstruo. Te la daré a tú.

Ella oyó el metal rompiéndose. -- ¡Ayuda! ¡Ayudarnos! – gritaba una voz desesperada.

- ¿Qué máquina? – preguntó. – ¡Debemos apresurarnos!

El Doctor era tan irritantemente genial como siempre. – Un generador de campos sónico. Atrae al monstruo en él y bum, atrapado en un campo de sonido. Lo tengo aquí en mi mano.

Donna pensó por un segundo. – Suena bien. ¿Qué quieres que haga?

- Sólo tienes que cogerlo y apretar el botón.

El Doctor movió hacia ella lo que a Donna le pareció un pequeño brazalete.

- Esto debería solucionarlo todo.

Donna sonrió.

–Sabía que podías hacerlo. Siempre lo haces.

Él pareció cohibido.

–Sí...

Donna tomó el brazalete, presionó el botón, y todo en su mundo se volvió oscuridad.

La Sociedad para Especies Peligrosas en Peligro perdió la cabeza. A la vez, los miembros entraron en pánico. Algunos ya estaban corriendo hacia la salida.

Sebastiene sonrió.

–Siéntense –dijo–, siéntense y les diré todo sobre el asunto.

Si hubieran quedado cazadores lo suficientemente juiciosos como para darse cuenta, hubiesen notado algo extraño sobre este Doctor que estaba parado enfrente de ellos. Era tan guapo como habían oído. Él los miraba con su famosa curiosidad casual con los ojos que nunca se perdían de nada. Eso era todo lo que podía esperarse.

Lo que los cazadores mejor informados pudieron haber notado era que, a pesar de los obvios rasgos característicos, había algo bastante inusual sobre este Doctor. ¿Dónde estaba el entusiasmo? ¿Dónde el amor por la vida?

–Él no es el Doctor –dijo Sebastiene, haciéndolo obvio.

–Oh, lo arruinaste. De acuerdo, no soy el Doctor de verdad –dijo el Doctor.

–Su nombre es Baris y es el mejor admirador del Doctor.

El Doctor asintió en consentimiento.

–Mi nombre es Baris y soy el mejor admirador del Doctor.

Los miembros de la Sociedad regresaron a la mesa y tomaron los refrescos. El miedo les daba sed.

–Encontré a este en Proxima –dijo Sebastiene–. Baris ha pasado la mayor parte de su vida dedicado al Doctor y sus viajes, conectado a la Red Neural con un *skull-dock*, conectado con otros fanáticos parecidos a él, rastreando noticias de su existencia a través de la galaxia. Están por todos lados y son muchos. Sin embargo, incluso entre los entusiastas del Doctor, Baris es el *número uno*¹.

El Doctor, o, al menos, el hombre que parecía el Doctor, asintió.

–¿Quién no querría ser el Doctor? –dijo– Especialmente si se viera como yo.

Sebastiene sonrió, indulgente.

–Sí, Baris. No hables ahora, no cuando estoy explicando. Sé un buen chico y siéntate.

Baris se tornó blanco y obedeció.

–Lo siento.

Los cazadores lo notaron. Sebastiene quería ellos hicieran lo mismo. Empezó de nuevo.

–Muchas civilizaciones pueden crear dobles. Cualquier viejo Tom, Dick o Harry, con un robot de sobra o un cirujano plástico, parece ser capaz de producir una réplica del Doctor. Creo que las técnicas quirúrgicas del Planeta 1 van un poco más allá. Puedo duplicar cualquier forma de vida exacta, incluido el ADN. Encontrar a alguien que aguante el dolor es la parte difícil.

Baris golpeó el lado derecho de su pecho.

–Te digo que colocarme ese segundo corazón no fue divertido.

Sebastiene se encogió de hombros.

–Bueno no fue divertido para ti –sonrió su sonrisa adorable al recordar–. De pie.

Baris obedeció instantáneamente. Una pequeña sonda robótica entró volando en la habitación. Parecía como un lapicero metálico volador. Una luz se encendió en una de sus puntas y escaneó el cuerpo de Baris. En la aeropantalla, los cazadores miraron el proceso.

–Una copia perfecta –dijo Sebastiene.

El Comisario Weimark apuntó a Baris.

1 (N. del T.) En español en el original en inglés.

–¿Qué son estas tonterías? ¿Para qué necesitas una dúplica exacta?

–Enséñales –dijo Sebastiene.

Baris alzó una llave.

–Esta es la llave de su TARDIS. Dicen por ahí que nadie puede usar la llave a menos que él se los permita. Hasta ahora.

–¿Y de dónde sacaste la llave?

–No te ocupes de eso. Si él quiere su TARDIS de regreso, tendrá que venir al Planeta 1 y tomarla. Por suerte, hemos dejado un transmat abierto muy a mano, para que lo use.

Lord Percy alzó una mano dudosa.

–Yo digo... –tartamudeó– Llámame suspicaz, pero, ¿quién puede decirnos que esto es el verdadero... coso de la máquina esa, TARDIS? ¿Quién dice que estamos persiguiendo al Doctor verdadero? Digo, podrías estar tomándonos el pelo, ¿no?

Sebastiene lo miró casi sorprendido.

–Buen punto, Lord Percy. Bueno, para empezar, la TARDIS es dimensionalmente trascendental. Ve y mira, no me importa.

Baris no pudo evitarlo.

–Y esas es tecnología que sólo los Señores del Tiempo dominaron – parecía sumamente complacido con esto, como si hubiera establecido un punto.

–Aunque el Planeta 1 está trabajando con esa tecnología –dijo Sebastiene, y le dirigió una mirada a Baris que dejó en claro que había dicho algo incorrecto de nuevo–. Ahora tenemos la TARDIS, no nos tomará mucho. Oh, y hay algo más.

Las imágenes del Doctor en la aeropantalla fueron reemplazadas por una nueva. Un cuarto oscuro: muy sencillo. Dentro del cuarto, una mujer pelirroja yacía dormida en la cama.

–Cuéntales, Baris.

Baris no pudo evitar parecer presumido.

–Secuestre su compañera de viaje. Díganle hola a Donna Noble.

La criatura estaba cerca pero no demasiado. El Doctor alzó la vista del generador de campo sónico que estaba construyendo de partes dañadas del sistema de aire acondicionado. El calentamiento de Snowcap había fallado veinte minutos antes, y el aire se había pasado de ser un horno a un frío congelante. Aunque había ruidos, el descongelado alienígena no parecía ir hacia allí aún. Hizo destellar el destornillador sónico en algunos de los componentes y le complació oír un suave zumbido que apareció.

—Ahora estamos cocinando con gas —susurró.

Algo de hielo sonó detrás de él.

—¿Donna?

En algún sitio en la distancia, otro hombre gritó y murió.

El Doctor no había tenido mucho tiempo de ver la criatura y, con la parte del cerebro que no estaba construyendo el generador de campo sónico, recorría las variadas formas de vida con las que alguna vez se había encontrado, tratando de hacer coincidir una con esta bestia. Hasta ahora, nada parecía familiar... No era un Gappa, ni un Guerrero de Hielo ni nada que, él recordara, se relacionaba con los climas fríos.

—Hay algo que no está bien aquí —dijo, en voz alta—. Todo es como muy... Clase-B².

Esperó a que Donna respondiera, pero recordó que se habían separado.

El Doctor sintió el aire moverse, como que una brisa desconocida se había filtrado: un sabor que no pertenecía al Antártico.

—¿Qué sucede? —demandó.

Un hombre salió de la nada. Un hombre muy familiar.

El Doctor se puso en pie.

—Bien, eso no debería suceder —dijo—. ¿Qué haces aquí? Quiero decir, ¿qué estoy haciendo aquí?

El hombre conocido sonrió y levantó un bastón muy desagradable bastón. Apuntó el bastón directamente hacia el Doctor.

La reunión iba terminando, y Sebastiene y Baris miraban a los cazadores trasladarse a sus zonas.

2 (N. del T.) *B-Movie* en el original en inglés. Un tipo de película de bajo presupuesto con actores principiantes o en decadencia (o, pues, simplemente malos). Distintas películas de culto han resultado de esta clasificación acuñada en Hollywood allá por los años 50.

La sala de control en la que estaban no parecía una sala de control. Para empezar, no había ningún control. No había consolas o bancos informáticos ni monitores tampoco. En su lugar, enormes bustos de oro de Sebastiene miraban hacia abajo desde unos zócalos gigantescos hacia un amplísimo suelo de mármol en damero. El suelo estaba lleno de robots. Estos robots parecían más bailar que trabajar. Uno movía una mano con la manicure perfecta con cierto gesto, y una aeropantalla aparecía de la nada en frente de sus narices. Movía más la mano el robot una vez que completaba su tarea y la aeropantalla desaparecía otra vez.

—Aún estoy impresionado —dijo Baris—. Sin *skull-docks*, ni bancos de memoria, ni maquinaria. Sin materia en estado sólido en absoluto. Sólo mueve la mano y aparece un menú.

—Por supuesto —murmuró el robot Supervisor, mientras pasaba pisando muy fuerte—. La Tecnología Molecular Inteligente es la tecnología más avanzada del universo —la criatura gigante se alzó sobre el tembloroso Baris.

Baris chilló otra vez:

—Como dije, estoy impresionado.

—Mjm —el Supervisor gruñó y se marchó pisando fuerte.